



La caída de Almoloya

Cuando se publicó el nuevo Reglamento de Centros Federales de Readaptación Social, el 30 de agosto de 1991, la idea de una prisión en la que no se repitiera lo que sucedía en otras

cárceles —el hallazgo en el Reclusorio Oriente, en 1983, de que el restorán La Mansión surtía la comida— ganaba terreno entre los penalistas. Juan Pablo de Tavira, que sería asesinado diez años más tarde, claramente planteaba que, en algunos casos, por la peligrosidad social de ciertos delinquentes, la readaptación social no era posible.

Almoloya se transformó en el centro de la justicia que demandaba la opinión pública: “Salinas a Almoloya.” En el grito residía la condena. Una prisión de máxima seguridad en que no estaba permitido hablar con los otros internos, introducir alimentos ni vestimentas ajenas al penal, un lugar donde el dinero no circulaba. Una década después, Almoloya

se llama amablemente La Palma, han circulado videos de las relaciones sexuales de los internos —el destape de la transición a la mexicana—, se escapó “el Chapo” Guzmán y asesinaron a su hermano con una pistola calibre 22.

Almoloya había caído para convertirse en un penal como muchos otros, donde los internos tienen su *Amigo Telcel*, hay *burlesque* los sábados, se esconden armas de fuego. Jesús Blancornelas denunciaba, tras la muerte del hermano menor de los Guzmán: “Almoloya es controlado por Osiel Cárdenas.” Huelgas de hambre, desplegados de los internos, y sin duda el dinero del narcotráfico, fueron relajando los ordenamientos de 1991, y el discurso de la readaptación social volvió.

Pero nadie quiere que Daniel Arizmendi, “el Mochaorjas”, tenga un celular. Afuera, la indignación por lo que éste hizo continúa. Las autoridades, desde la fuga del “Chapo” Guzmán del Penal de Puente Grande —“Puerta Grande” en el imaginario social— hasta la muerte de su hermano menor en Almoloya, no parecen opinar como el resto de los ciudadanos. Lo permitieron y Almoloya, se haga lo que se haga, nunca será lo mismo. Ha caído bajo sospecha. —

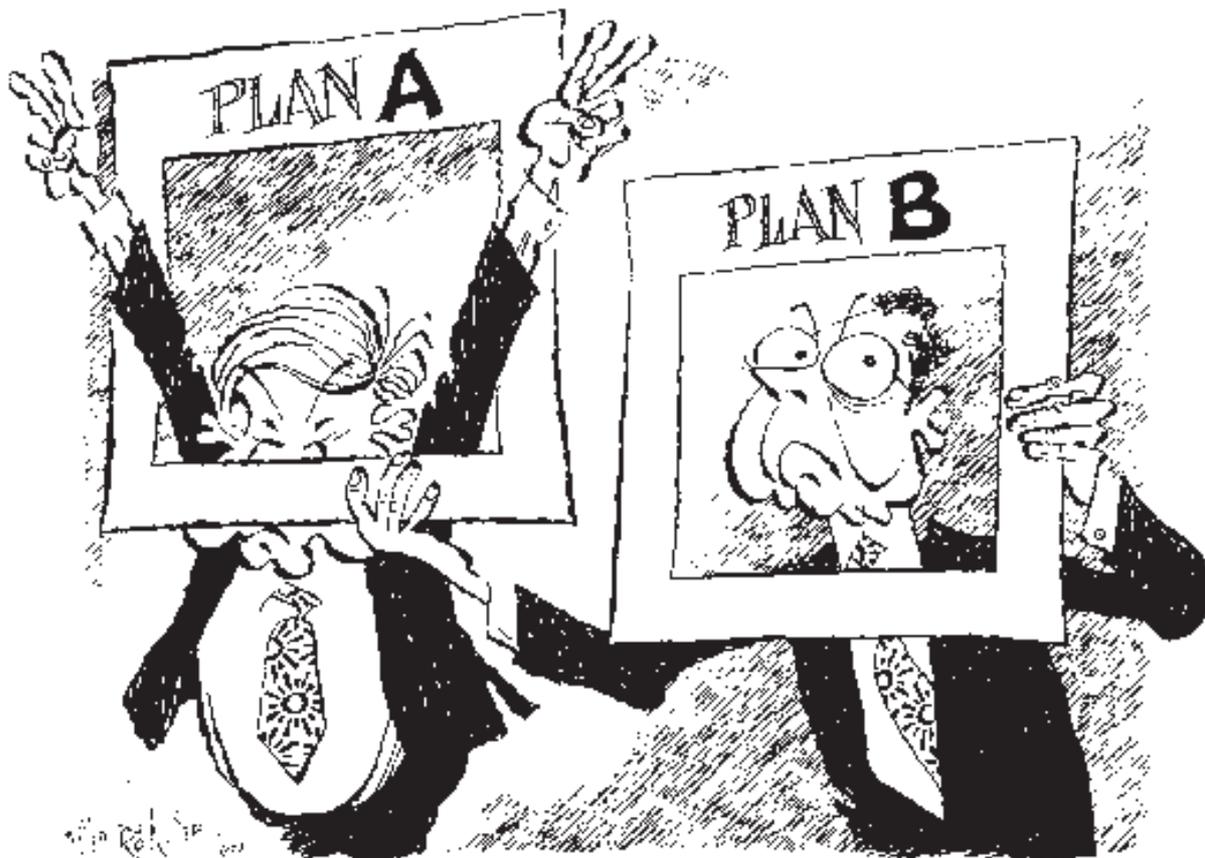
— FABRIZIO MEJÍA MADRID

EL “TÍO BEJARANO”

Todo comenzó con una grabación que mostraba a un diputado perredista retacándose de billetes ante la feliz complacencia de un empresario corruptor y aficionado al video voyeur. Se desató el escándalo, se desaforó al diputado y se inició un proceso en su contra. Como en México se mete primero a la cárcel y luego se juzga, el ex líder de los asambleístas ingresó al Reclusorio Sur, donde desde entonces se le conoce como “El Tío Bejarano”. El inculpado decidió la hora de su entrega y entró al reclusorio en su propia camioneta, conducida por su chofer y acompañado de su abogado. A todo esto, López Obrador, con su “voz deliberadamente pausada / y —yo lo sé— falsamente titubeante”, afirmó: “Mi gobierno actuará sin torcer la ley, sin proteger a nadie...” Pero se torció la ley y se protegió al ex brazo derecho del Jefe de Gobierno. A diferencia de los 23,000 presos que sobrepueblan las cárceles del Distrito Federal, a Bejarano se le permite vestir ropa deportiva, disfrutar de la comida que todos los días le lleva su familia, habitar tres celdas interconectadas y alfombradas, dormir en una cama matrimonial, contar con televisión de 21 pul-

gadas con todo y servicio de cable, con un equipo de sonido, un horno de microondas y un refrigerador, también se le acondicionaron tabloneros en las rejas para que no se pueda ver hacia el interior. Su defensor dice que “se le ha tratado como un interno más”, lo que contrasta con lo que una esposa de un recluso contó a *Crónica*: “Mi esposo tiene que dormir con más de diez en una sola celda”. Alejandro Encinas, secretario de gobierno capitalino, rechazó que Bejarano gozara de privilegio alguno; sin embargo, un día después de que *Crónica* y *Reforma* publicaran fotos de la celda, Aureliano Buzoianou presentó su renuncia como director del reclusorio. Cuestionado Encinas sobre esta renuncia, comentó que nada tenía que ver con Bejarano sino que “ya había cumplido su ciclo”. Cosa extraña si pensamos que llevaba apenas siete meses en el cargo. Al “Tío Bejarano” se le cuida, se le protege, quizá hasta lleguen pronto a absolverlo. No me extrañaría verlo —dado que la historia da piruetas muy extrañas— como flamante Jefe de Gobierno en un país presidido por “El Peje”. —

— FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ



Camacho: ¿trapequista salvador?

En varios casos de tránsito político (los columnistas suelen llamarlo *trapecismo*) se ha acusado de oportunistas a los que llevan a cabo la mudanza de un partido a otro. “Se torció el rumbo cuando no fui el favorecido.” La acusación es a todas luces errónea cuando se lanza hacia las figuras de Porfirio Muñoz Ledo o Cuauhtémoc Cárdenas, pero en un caso al menos parece justa: el de Manuel Camacho, personaje peculiar que lo mismo ha servido para cumplir el papel de “político a la mexicana” (entiéndase: tramposo, negociador en las sombras o “lo oscuro”, hábil para acercarse al Jefe, para ganarse su confianza) o se ha desempeñado como un académico serio, dispuesto al debate casi siempre, astuto; apegado al cálculo mucho más que a la fabricación y el eventual despliegue de una simpatía (carisma que no se le da); conformador de un equipo que no se ve, salvo en la figura del dandi burocratizado Marcelo Ebrard.

Camacho, como tantos otros, es un perdedor no resignado e irredento. De hombre de las confianzas de Salinas ha pasado a ser el que le habla al oído a otro expriista, el enemigo declarado del renombrado Innombrable: López Obrador. No le quedaba otra al ex regente capitalino: en el PRI se habla tan mal de él como él del partido; en el PAN, ni pensar. El parti-

do de Dante Delgado es aún demasiado pequeño y no ha dejado de ser lo que es: el partido de aquel político veracruzano. En el PRD Camacho está a gusto, en zona propicia, en su mero mole. Abundan allí los conflictos, no sólo “al interior” (como a él le gustaría decir en un español tecnocrático y ridículo), sino frente al poder mayor, que tanto lo seduce, del que tan cerca ha estado y con el que tanto ha transado (como priista “concertador” con los panistas). Tan cerca está del precandidato que pide *que lo den por muerto* (en declaraciones de humor falsísimo) y, además de servir a éste en el despliegue de unas redes ciudadanas de campaña, ha fraguado ya un llamado “Plan B” que se pondría en marcha si se impidiera la candidatura de López Obrador.

En vez de alertar a su jefe acerca de los trastupijos que fabricaban varios de los más cercanos, con Bejarano a la cabeza, Camacho pugnó por hacer ver al patrón que todo era un complot. Minado el campo, ya no con los videos sino con la posibilidad del desafuero, Camacho aparece como el salvador ante un partido que mira, entre desconcertado, atónito y siempre paralizado, cómo en el corazón del personaje más cercano al Innombrable anida la esperanza de llegar por fin a la silla. —

— FERNANDO MARTÍN

Agentes libres

Uno de los fenómenos llamativos de la democracia mexicana es la emergencia del cuadro político intercambiable. El caso más escandaloso es el de Tlaxcala, donde el PRD postuló a la esposa expriista de un gobernador expriista, quien perdió ante el candidato expriista del PAN. El expriista López Obrador forma comités de precampaña con expriistas, esperando ganar la candidatura del PRD al expriista Cárdenas. La mayoría de los gobernadores del PRD son expriistas. El expriista gobernador de Chiapas fue postulado por el PAN y el PRD.

El presidente Fox tuvo como secretario particular a un connotado expriista y ahora pone la Policía Federal Preventiva en manos de un expriista que se distinguió como adversario suyo. Hay expriistas que aspiran a dirigir el PAN y el PRD. No hablemos de los diputados locales y federales, alcaldes y senadores de extracción priista que han ganado sus puestos por algún otro partido. Echar mano de los cuadros del PRI ha ganado carta de naturalización.

La causa radica en la hegemonía política de este partido por más de setenta años, la cual le permitió monopolizar a los cuadros políticos y la experiencia de gobierno, mientras los cuadros de los otros partidos se desgastaban en la oposición, y ahora llegan exhaustos e inexpertos a la distribución de puestos y candidaturas. Por tanto, lo que estamos viendo puede interpretarse como redistribución física de cuadros: un problema de disponibilidad de recursos humanos antes que de moral política.

Esto no empezó con la formación de la Corriente Democrática del PRI (1985). La distribución empezó con Salinas, que convirtió la Presidencia de la República en un núcleo militante más, formando estructuras paralelas a las de su propio partido y arrojando a muchos militantes a la indignancia política. El golpe de mano del poder salinista vació las instituciones de su simbolismo como lugar de todos, lo que provocó fracturas que se esparcieron en todas direcciones.

La recuperación del centro perdido por Zedillo se debió a la crisis financiera, que forzó la restauración del Estado como lugar de todos en la desgracia económica. Pero como la recuperación sólo podía lograrse profundizando las políticas que habían provocado la división, las tendencias centrífugas del PRI continuaron, aunque aminoradas.

Por otro lado, la misma crisis había exacerbado el celo militante de empresarios y aspirantes a empresarios que en el fondo preferían al PRI, pero que ante la oportunidad de alcanzar el poder político asumieron el riesgo de militar en la oposición. Naturalmente, esos empresarios ahora en el poder no se ruborizan al aplicar las mismas políticas de sus predecesores, con ayuda de cuadros del PRI.

La redistribución de cuadros continuará. Si Roberto Madrazo gana la postulación del PRI a la Presidencia, sus adversarios saldrán corriendo a buscar candidaturas por otros partidos, si es que no las tienen amarradas ya. Es difícil imaginar cuál será el paisaje político resultante de todo esto. —

— RAMÓN COTA MEZA

EL HIJO DEL TAMPÓN

Cuando el príncipe Harry, tercero en la línea de sucesión al trono del Reino Unido, apareció vestido —y con una muy llamativa esvástica nazi— a la usanza de los *afrikancorps* de Rommel, la opinión pública inglesa entró en estado de *shock*. Me parece ligeramente comprensible: después de todo, más de cuatrocientos mil británicos fallecieron en el conflicto de mediados del siglo XX, que incluyó el asesinato de seis millones de judíos a manos de hombres uniformados como el sonriente príncipe inglés. En efecto, el pelirrojo playboy no parece un digno sucesor de la casa real del valiente Jorge VI, aquel que caminaba entre las ruinas de Londres mientras los aviones alemanes sobrevolaban la capital inglesa.

Pero hay que poner todo en su digna proporción y comprender al pobre muchacho. Después de todo, Harry es nieto del príncipe Felipe, el mismo que, en 1986, advirtió a un grupo de muchachos ingleses que estudiaban en China que, de permanecer mucho tiempo en el Oriente, corrían el riesgo de regresar a casa con “ojos de alcancía”. Por si el abuelo fuera poco, Harry seguramente habrá sido testigo de los desmanes de su tía Sarah Ferguson, la duquesa de York, que gustaba de tomar el sol en Francia con los senos descubiertos mientras, casada con el tío Andrés de Windsor, chupaba los dedos de los pies del tejano Steve Wyatt. Aunque, para escándalos, pocos como los protagonizados por los padres del despedido en cuestión. La malograda princesa Diana se dedicó a sufrir de manera interminable durante los años en que estuvo casada con Carlos, príncipe de Gales. Hundida en el dolor, la princesa se dio tiempo para coquetear con el vendedor de autos James Gilbey y enamorarse perdidamente del capitán James Hewitt. ¿Y qué decir del mismísimo príncipe de Gales, la figura masculina de mayor peso en la vida de Harry? Éste es un hombre mejor conocido por sus acuarelas, su afición a la caza y su perenne infatuación con una mujer casada. Cuando Harry tenía apenas unos años de edad, Carlos de Gales habría de sufrir la madre de todas las humillaciones, cuando la prensa británica dio a conocer una cinta en la que, durante una conversación telefónica con su amante Camilla Parker-Bowles, el príncipe confesaba su ardiente deseo de reencarnar en “tampón” para vivir dentro de la susodicha señora. Tremenda sorpresa, imagino, se habría llevado el señor Parker-Bowles de haberse cumplido el principesco deseo.

Con todo esto, al ver las fotos de “Harry el nazi”, uno no puede más que preguntarse, al más puro estilo inglés: *Is it any wonder?* —

— LEÓN KRAUZE